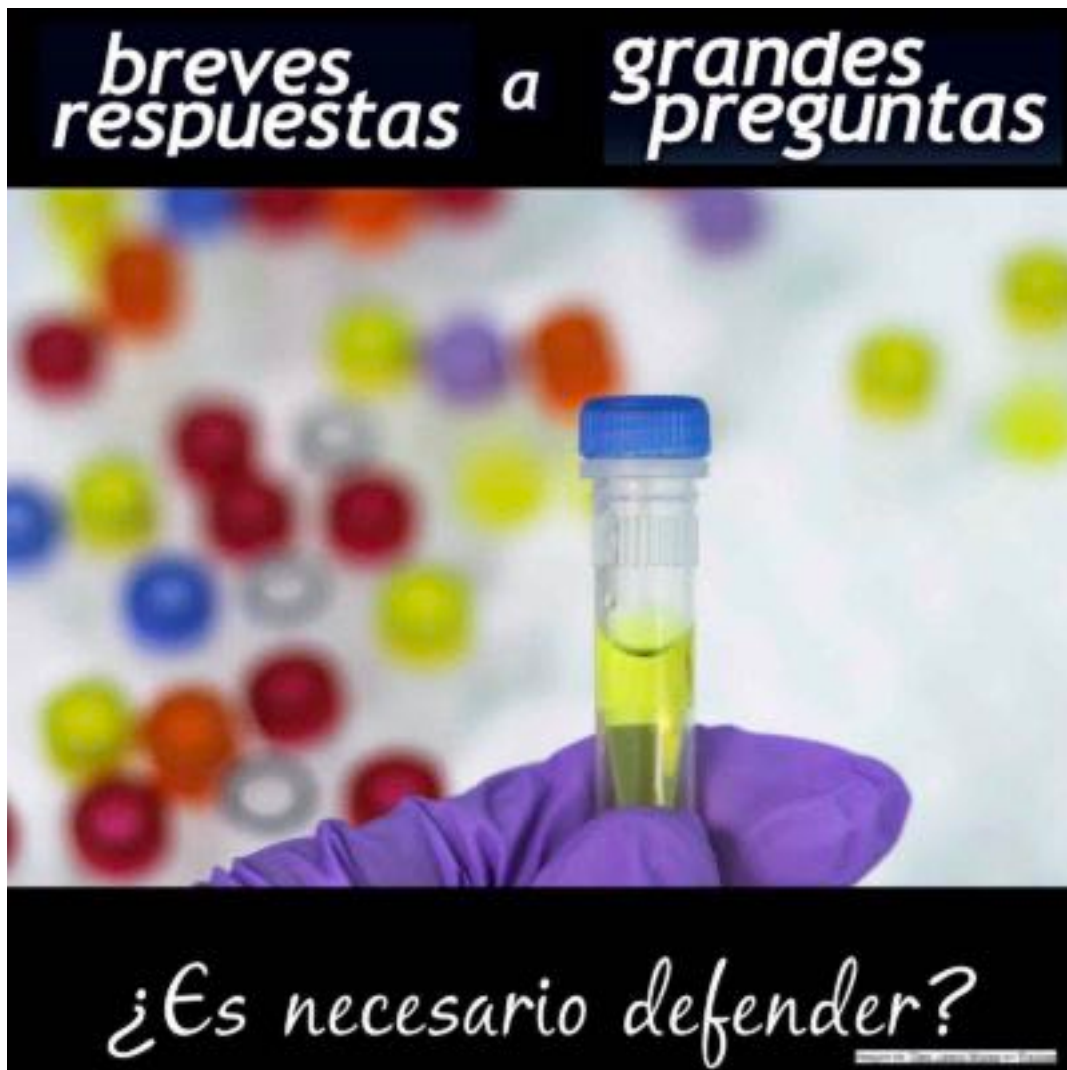

Las dudas

22 de julio de 2019



Introducción

A. Introducción

Fue Frederick Buechner quien escribió que las “dudas son las hormigas en los pantalones de la fe. La mantienen despierta y en movimiento”.

¿Cómo hacer frente a las dudas de los no creyentes?

Comencemos por decir que algunas de las personas que abandonan la fe o que rehusan creer, no rechazan a Dios, sino a una imagen caricaturizada de Dios. El Dios que muchas veces presentamos los cristianos no corresponde con el Dios de la Biblia, y es a ese “dios” a quien el no creyente rechaza. En esta situación debería ser más fácil para nosotros. Simplemente tendríamos que explicar pacientemente cómo Dios es en verdad.

Eso no significa que la responsabilidad recaiga totalmente en el portador del mensaje. La responsabilidad es del no creyente. Es tanto lo que está en juego que el escéptico no debería limitarse a decir su opinión o a manifestar sus dudas, sino que debería poner empeño en conocer acerca del tema. Es mucho lo que está en juego.

La verdad del caso es que pocos lo hacen. Pocos se dan a la tarea de tomar una decisión informada con respecto a la existencia de Dios y a la fe cristiana. De la misma manera que muchos critican la

Biblia sin haberla leído, muchos rechazan el cristianismo sin haberlo entendido.

Por otro lado, recordemos que no toda duda es una duda real y sincera. Tanto para aquellos que no creen, como para aquellos que alguna vez creyeron, las motivaciones para su decisión de no creer o de abandonar la fe no siempre son asuntos de carácter puramente intelectual. No queremos decir que la inteligencia de las personas que no creen sea deficiente. Lo que sí sugerimos es que, basados en estudios y la experiencia, podemos decir que muchos de los que no creen, no lo hacen porque sus argumentos y razonamientos les hayan llevado a quedar convencidos de que el cristianismo no sea cierto.

Por ejemplo, Aldous Huxley, pensador y escritor (autor de la obra *Un mundo feliz*), confesó que había rechazado las convicciones religiosas cristianas porque reconocía que no estaba dispuesto al compromiso ético que exige la fe cristiana. dijo lo siguiente:

De mi parte, y estoy seguro que para la mayoría de mis contemporáneos, la filosofía de la carencia de sentido fue esencialmente un instrumento de liberación. La liberación que deseábamos nosotros era la de un sistema específico de moralidad. Objetábamos la moralidad porque ella interfería con nuestra libertad religiosa.

Una afirmación más reciente, pero muy similar a esta, es recogida en una cita del filósofo Thomas Nagel:

Yo quiero que el ateísmo sea cierto... No es solo que yo no crea en Dios y, naturalmente, espero estar correcto sobre mi creencia. ¡Es que yo espero que no haya Dios! Yo no deseo que haya un Dios; yo no deseo un universo así.

De manera que los que no creen no necesariamente piensan como lo hacen basado en su investigación de la fe cristiana sino porque no desean creer. Pero hay más...

Paul C. Vitz, doctorado en psicología en la Universidad Stanford y profesor de esa disciplina en la Universidad de Nueva York (NYU, por sus siglas en inglés), fue ateo hasta su edad adulta. En un interesantísimo libro titulado *The Faith of the Fatherless: The Psychology of Atheism* (La fe de los que no tienen padre: La psicología del ateísmo) publicado en 1999, el doctor Vitz presenta cómo la ausencia de una adecuada figura paterna es parte de la historia de muchos de los ateos más conocidos de tiempos pasados. Este es el caso de personas como Voltaire, Thomas Hobbes, David Hume, Ludwig Andreas von Feuerbach, Friedrich Nietzsche, Jean-Paul Sartre, Albert Camus, Bertrand Russell y Sigmund Freud.

Tanto el creer como el no creer son operaciones complejas en las que emociones, deseos, razonamientos y otros factores entran en juego. No es un asunto puramente intelectual.

B. ¡El cristiano también duda!

Los cristianos dudamos porque pensamos. Y Dios, quien nos dio la capacidad racional, lo entiende. Nuestras dudas honestas no incomodan a Dios.

Muchos cristianos se debaten a diario entre la duda y la fe. Bombardeados sin clemencia por un sistema anti-Dios, han llegado a creer que no existen respuestas adecuadas a las críticas de los enemigos de la fe. Seducidos por la falsa creencia de que para ser creyente hay que deshacerse primero de su cerebro, optan o por un agnosticismo relativista o por un fideísmo (fe sin razón) bien intencionado, pero incapaz de servir de fundamento para una vida cristiana sólida.

Tristemente, en la mayoría de las iglesias no sabemos cómo enfrentar las dudas de los miembros, en especial las de los jóvenes. El resultado suele ser que a la tensión de la inseguridad del que duda, se le añade el peso de la culpa. A estos cristianos a veces se les percibe como carnales deficientes o como una amenaza contra la fe de los otros fieles. Presumimos que hay algo malo en la vida espiritual de quien tiene dudas. Nos ponemos nerviosos y contestamos con el superficial: "Acéptalo por fe".

Los que dudan y se van

En un tema muy relacionado a este, al que hicimos alusión anteriormente, artículos recientes publicados en la revista Christianity Today nos alertan sobre dos fenómenos interesantes

pero preocupantes. Primero está el hecho de que aunque parece que hacemos un buen trabajo en ganar a los niños para Cristo (la mayoría de las personas se convierten antes de los 8 años de edad), los jóvenes entre 18 y 28 años se apartan de la fe en números alarmantes. Según uno de los estudios, hasta un 80 por ciento de estos deja de asistir a la iglesia y solo un 30 por ciento de ellos regresa en su vida adulta.

El otro fenómeno —por supuesto, conectado al anterior— expresa que la proporción de personas jóvenes que manifiestan no tener ninguna religión (algunos los llaman “nones” y los mencionamos anteriormente) ha aumentado de manera significativa en las últimas décadas. En el año 2010 una encuesta mostró que el 22 por ciento de los jóvenes entre 18 y 29 años no se identificaban con religión alguna. Tan solo 20 años antes, en el 1990, este porcentaje era justo la mitad. Dentro de esos jóvenes que dicen no tener religión, el 73 por ciento de ellos viene de hogares religiosos y el 66 por ciento se les podría catalogar como “de-convertidos”. Otro estudio semejante concluyó que los jóvenes estadounidenses están abandonando su religión a una velocidad más alta que en cualquier otro momento registrado en generaciones anteriores.

Por supuesto, las dudas de carácter intelectual no son la única razón por la cual los jóvenes del citado estudio abandonan la fe, pero juegan un papel importantísimo. La experiencia nos dice que la entrada a la universidad marca para muchos la puerta del camino que les aleja de Dios. Al llegar a esta, el ambiente general

y los desafíos intelectuales de los profesores a veces son suficientes para acabar con la fe del joven creyente.

Todos estos datos, y las experiencias anecdóticas de muchos de los lectores, deberían movernos a los líderes de las iglesias cristianas a tomar cartas en este asunto crucial. Ignorar las dudas de nuestros jóvenes no las hará desaparecer, sino todo lo contrario. No contestarlas o contestarlas de manera superficial, da la impresión al joven de que no existen contestaciones para sus preguntas; ¡y contestaciones hay!

En el mundo actual se hace imprescindible que las iglesias trabajen en adiestrar a sus jóvenes en la apologética. Cada joven cristiano debe aprender en su propia iglesia que las preguntas no son malas, y que toda pregunta a la fe tiene una buena contestación. Por supuesto, y como ya hemos dicho, el joven que duda debe tener la seguridad de que en el ambiente de su iglesia las preguntas son bienvenidas.

La duda y la iglesia

Como regla general, las iglesias cristianas no están preparadas para contestar las preguntas de los que dudan. Algunos creen que “la fe” debe bastar, otros nunca dudan y otros dudan, pero son demasiado perezosos como para pasar el trabajo de hacer algo al respecto.

Al hablar sobre el tema de los jóvenes que abandonan la iglesia, el autor del artículo mencionado antes afirma lo siguiente:

Otro patrón inquietante emergió durante mis entrevistas. Casi sin excepción, aquellos con los que hablé y que dejaron [la iglesia] recordaron que, antes de dejar la fe, se les mandó callar cuando expresaron sus dudas. Algunos fueron ridiculizados frente a sus compañeros por hacer "preguntas insolentes". Otros reportaron recibir contestaciones trilladas a preguntas que les inquietaban profundamente y luego ser reprendidos por no aceptar dichas contestaciones...

En la reunión de la Asociación Sociológica Americana del 2008, eruditos de las universidades de Connecticut y Oregon reportaron que "el papel más frecuentemente mencionado en la de-conversión fue la amplificación de dudas ya existentes". Los de-convertidos reportaron que "compartieron sus crecientes dudas con un amigo o familiar cristiano solo para recibir contestaciones trilladas que no ayudaban".

Dudar puede ser bueno

¿Qué puede hacer la iglesia? Lo primero es proveer el ambiente para que los creyentes de cualquier edad se sientan cómodos al plantear sus preguntas. Esa atmósfera no es difícil de crear. Surge de forma natural cuando los líderes clave (en especial los pastores) se sienten cómodos al hablar de sus propias dudas, y también aprovechan cada oportunidad en sus predicaciones para recordar a

los creyentes que la fe cristiana, aunque no es racional, es razonable, como ya hemos mencionado varias veces.

Es muy importante que el creyente, joven o no, pueda manifestar sus dudas y conversar con libertad sobre ellas en el seno de la misma iglesia. Las dudas suelen ser una buena señal: que la persona está pensando su fe.

Eso es muy importante entre los jóvenes, en particular aquellos que ya cursan la escuela superior o la universidad. En ocasiones estas instituciones se convierten en un verdadero coliseo romano, donde la ingenuidad de los creyentes se presenta como presa a las bestias y gladiadores de preguntas sin (supuestamente) contestación. La fe de nuestros jóvenes está siendo atacada de manera constante. A la presión de grupo se añade la figura de autoridad del profesor que, se presume, sabe de lo que habla.

Repetimos que dudar en sí mismo no es malo ni pecado. El filósofo cristiano Peter Kreeft dice lo siguiente al respecto:

Nosotros también hemos sido programados por nuestra herencia y por nuestro entorno, para cuestionarnos nuestra programación. Dudamos. Dudar es glorioso. Solo quien ha dudado puede creer, de la misma manera que solo quien ha experimentado el desasosiego puede tener esperanza, y que solo puede amar quien puede odiar.

Formación

Lo segundo que podemos hacer en la iglesia es desarrollar oportunidades de formación en el área de la apologética (defensa). Podemos invitar personas capacitadas a dar conferencias en las cuales se presente la sólida evidencia en favor de la fe cristiana y se dé el espacio a los asistentes de plantear sus preguntas (de forma anónima si fuese necesario).

Mejor aún, la apologética debe incluirse en el currículo regular de enseñanza bíblica para niños, jóvenes y adultos. Debemos empezar con los niños. Existen maneras de comenzar temprano en el equipamiento de nuestros creyentes más jóvenes, con las herramientas que necesitan para la batalla que libran a diario.

La iglesia puede, además, animar a algún joven capaz a adiestrarse en esta área, costeándole los gastos de libros y conferencias. Esa clase de inversión puede ser clave para nuestros jóvenes en el futuro. Actualmente el grupo de Ravi Zacharias ofrece un excelente curso online a precio muy accesible.

Por último, la iglesia debe preparar una biblioteca con recursos básicos de apologética y una lista de la gran cantidad de buenos recursos disponibles en Internet, tanto en inglés como en castellano.

Cristiano, iduda! No creer puede ser pecado, pero dudar no lo es.

© Jose R. Martinez-Villamil MD. MDiv.